

“VAJONT, UNA TRAGEDIA ANUNCIADA”

La catástrofe de la presa de Vajont – Italia

Las víctimas siempre son molestas

Texto: Marisancho Menjón

Para cuando Carolina Teza decidió hablar, habían pasado ya cuarenta años. Cuatro décadas de silencio de las víctimas, que arrastraban aún las consecuencias de aquella noche de horror en la que pareció que se acababa el mundo. Hacia los demás, era preferible hacer como que se había pasado página: ocultaban incluso su condición de víctimas, huían de las miradas de compasión y aun de desprecio.

“Este silencio ha sido muy cómodo para los culpables y para las autoridades: la única verdad ha sido la institucional. Han hecho saber a los italianos sólo lo que ellos han querido... no lo que en realidad ha ocurrido”. Carolina Teza decidió luchar con todas sus fuerzas frente a esa situación el día que escuchó en el telediario anunciar que se ponía punto final a la historia del Vajont con la aportación, por parte del Gobierno, de los últimos 77.000 millones de liras (casi 40 millones de euros) para los supervivientes...

“Me dije: no, no, no, esto se tiene que acabar. A lo que hay que poner punto final es a toda esta sarta de mentiras”. Unas mentiras que, insiste, habían empezado nada más suceder la tragedia: se dijo entonces a la opinión pública que aquello había sido “una catástrofe natural”.

Había que volverlo a contar todo, desde el principio.

En los años 50 del pasado siglo se construyó en un pequeño valle de los Alpes Dolomitas, a 80 km al norte de Venecia, la presa de Vajont, que tomaba el nombre del torrente cuyas aguas embalsaba. Era la presa más alta del mundo entre las de doble curvatura, una impresionante pared de hormigón de 263 m; todo un orgullo nacional, la demostración de la capacidad técnica italiana, un país que había terminado de sacudirse la negrura de la II Guerra Mundial.

La presa de Vajont creaba un embalse de 150 hm³ para la producción de electricidad. Dejaba junto a sus orillas las poblaciones de Erto y Casso, seriamente afectadas por las expropiaciones, y frente a ella, aguas abajo, a escaso 1 km en línea recta, la pequeña y dinámica ciudad de Longarone.

Pero desde el principio se anunciaron los problemas. Algunos estudios geológicos previos a las obras dejaron claro que no era seguro crear un embalse en ese valle,

pues el terreno de la que sería su ladera izquierda, el llamado Monte Toc, era muy inestable. El Toc se asentaba sobre un antiguo deslizamiento que podría reactivarse con la presión del agua embalsada y con las fluctuaciones de nivel, con el riesgo de que una gran masa de tierra y rocas pudiera caer sobre el agua provocando gravísimos daños.

Aquellos estudios no fueron tenidos en cuenta. Había otros que llegaban a conclusiones mucho más optimistas e interesantes para la SADE, la Sociedad Adriática de Electricidad, que era la empresa adjudicataria del aprovechamiento hidroeléctrico, de modo que la SADE optó por dar validez a los informes que negaban el riesgo, ocultar bajo siete llaves los que lo afirmaban y seguir adelante con las obras.

Cuando la presa estuvo terminada y se iniciaron las pruebas de llenado, la montaña misma empezó a dar señales claras de que el riesgo era cierto: se abrían enormes grietas, se oían ruidos en la tierra, se sentían temblores, se torcían los árboles. Incluso una pequeña parte del monte llegó a caerse sobre el agua.

Nada de esto frenó a la SADE, que tenía verdadera prisa por entregar al Estado la obra acabada y en funcionamiento antes de que se produjera la anunciada nacionalización de las empresas eléctricas en Italia; de no hacerlo así, verían mermadas las ganancias previstas con el proyecto. Esta posible mengua en los beneficios cegó a sus directivos hasta el punto de anteponer eso a todo lo demás. Se minimizó la valoración de riesgos, se dejó en un segundo plano el peligro que corrían las personas y se siguió adelante.

A comienzos del otoño de 1963, con el embalse ya lleno y oficialmente en funcionamiento, las señales de la tragedia no podían ser más evidentes: el movimiento de la ladera se notaba a simple vista. Los vecinos de Erto y Casso demandaban una y otra vez a la empresa y a los poderes públicos que tomaran cartas en el asunto para garantizar su seguridad, pero no obtenían otra respuesta que lacónicos, estereotipados y oficiales comunicados asegurando que "todo estaba controlado". Quienes, desde tiempo atrás, habían dado la voz de alarma fueron tachados de "alarmistas"; la única periodista que se había atrevido a publicar lo que ocurría advirtiendo del grave riesgo existente, Tina Merlin, fue objeto de una querrela por parte de la SADE. El resto de la prensa calló o jaleó entusiasta a la empresa y a la "obra maestra" que estaba llevando a cabo en aquel pequeño valle alpino.

Pero la tragedia ocurrió y se llevó por delante casi dos mil vidas. A las once menos veinte de la noche del 9 de octubre de 1963, el Monte Toc cayó sobre el embalse levantando una ola de 90 m de altura que saltó por encima de la presa, dejándola intacta, y destruyó completamente Longarone, más las poblaciones de Rivalta, Pirago, Faé, Villanova y Codissago. Una segunda ola batió las laderas del propio embalse, dañando gravemente los pueblos de Erto y Casso y arrasando las partidas de San Martino, Le Spesse, Pineda, Marzana, Ceva, Prada, Cristo, Marzana y Frasègn.

Las fotografías del día siguiente son tremendamente impactantes: la fuerza de la ola no dejó ni tan siquiera escombros, ruinas... No dejó nada. Tan sólo una explanada de fango se extendía donde antes había pueblos llenos de vida. Detrás de la presa, donde hasta esa noche hubo un valle había millones de toneladas de rocas. Contener esa inmensa mole desgajada de la montaña es, desde aquel día, la única función que cumple la presa del Vajont, símbolo de la arrogancia tecnológica transformada en desesperante y trágica inutilidad.

Muchas familias enteras perecieron. De otras, sólo se salvaron quienes, siguiendo una tradición muy arraigada en la zona, habían marchado al extranjero a trabajar. Se ve en las fotos a estos emigrantes caminar sin rumbo por lo que hasta la noche anterior había sido su pueblo, su hogar, con la mirada extraviada, tratando de asumir la verdadera dimensión de lo ocurrido. Incrédulos, sonámbulos. Algunos supervivientes siguen así 45 años después. Los pocos cientos de personas que salvaron la vida aquella noche deberían ser incluidos en la lista de "desaparecidos". Son personas rotas, truncadas, perdidas.

Toda Italia se volcó para ayudar. Llovió dinero de todas partes para contribuir a la reconstrucción de los pueblos y devolver la vida a la zona.

Dinero... Llovió dinero... Hemos pronunciado la fórmula mágica que dio inicio a la segunda tragedia del Vajont, la que siguen sufriendo quienes sobrevivieron a la catástrofe: el "dopo Vajont".

Cabría esperar que los responsables de semejante tragedia quedarían sobrecogidos de por vida por sus propias conciencias y adecuadamente juzgados por la sociedad. Pero no fue así. En un principio, el juicio sustanciado contra ellos en el Tribunal de l'Aquila (lejos de la zona que le habría correspondido, lo que dificultó mucho la asistencia de los supervivientes) declaró que lo ocurrido había sido un "desastre culpable múltiple premeditado" y dictó una sentencia ejemplar. Sin embargo, tras sucesivos recursos y apelaciones, que demoraron años la obtención de una sentencia definitiva, las penas se fueron suavizando, e incluso se exculpó a algunos de los inicialmente imputados. Al final del larguísimo proceso sólo hubo oficialmente tres culpables, de los cuales sólo uno acabó cumpliendo pena de cárcel: estuvo en prisión algo más de un año.

Mientras tanto, la catástrofe acabó por convertirse en un rentable negocio. Llovió dinero... El dinero nunca fue para las víctimas, que para colmo han tenido que oír cosas muy duras ("os vendisteis a los muertos"; "con la tripa llena se llora mejor"...). A ellos les pagaron una "compensación" por sus familiares desaparecidos, en efecto, y hasta conservan un terrible recibo de lo cobrado: por un hijo, tanto; por la esposa, tanto; por el padre, tanto. Los abuelos, los sobrinos... no se "pagaban".
¿Puede haber algo más humillante, más degradante para ellos?

Por una extraña disposición legal, la zona beneficiaria de las ayudas, que siguen llegando hasta hoy (todavía está vigente en Italia un impuesto que grava la gasolina destinado a compensar por el desastre) no se circunscribió a los pueblos

dañados o destruidos, sino que se extendió a toda la zona del Trivéneto, lo que incluye Venecia y su área industrial. El "milagro del Nordeste", al que hacen referencia los analistas cuando se alude al sorprendente fenómeno de que esta región no se vea afectada por las crisis económicas que han sacudido Italia en las últimas décadas, se debe a esto. Es consecuencia del Vajont. Todas las empresas se benefician de ayudas y de ventajosas condiciones fiscales y financieras.

Se reconstruyeron los pueblos, habitados ahora por miles de personas, pero no se preservaron los derechos de las víctimas. Micaela Coletti, que perdió a sus padres y hermanos aquella noche, siendo una niña, no tuvo derecho a una nueva casa en Longarone porque la pidió años más tarde, cuando fue lo bastante mayor para hacerlo, y ya había prescrito el plazo. "Los supervivientes fuimos muy pocos. Pero hoy Longarone está lleno de casas. ¿O me equivoco? Bien, pues yo nunca he tenido derecho a una. ¿Puede alguien decir que eso es justo?".

Se construyó el nuevo Vajont en la llanura de Maniago, lejos de las montañas, un pueblo que lleva fama de ser "el más triste de Italia", pese a la amplitud de sus calles y sus servicios, porque las paredes te devuelven el eco de la voz: tal es el silencio.

A los ertanos que se trasladaron allí a vivir se les garantizó un trabajo en la vecina zona industrial de Maniago. Mientras, Erto y Casso fueron desalojados forzosamente. Lo que tantas veces se había pedido antes de la tragedia, se proveía cuando ya el daño no tenía remedio. Si el mal ya estaba hecho, ¿para qué marcharse? Erto y Casso habían sido condenados ahora a desaparecer y se prohibió a sus habitantes volver a sus casas. Pero ellos, hechos tal vez de un cuero especial, curtido en las interminables peleas legales que hubieron de mantener con la SADE desde que se inició la obra de la presa, no consintieron en poner punto final a la historia de su valle y, tras años y años de lucha tenaz (en la que su entonces alcalde, Italo Filippin, tuvo un destacado papel), lograron devolver la vida a sus pueblos. Una vida que hoy florece a la par que se reconstruyen sus casas, porque ellos no van a renunciar a preservar y difundir la memoria.

Pero las víctimas son incómodas: son un recordatorio permanente del crimen, de manera que, lejos de verse compensados, los supervivientes se ven hostigados, ninguneados, incluso culpabilizados. "Habría sido mejor que hubiéramos muerto todos", afirma convencido Giuseppe Vaza, de Codissago.

La última herida infligida a las víctimas ha sido la "rehabilitación" del cementerio. "No ha sido una rehabilitación, sino una destrucción", afirma Gino Mazorana, que era niño cuando lo rescataron del fango, único superviviente de su familia. "Es como si nos hubieran robado lo único que nos quedaba: la memoria de los nuestros". Convertido ahora en una especie de aséptico jardín zen, muchos supervivientes han jurado que no volverán a poner los pies en aquel lugar. Un lugar en el que, hasta ahora, pasaban horas en soledad, intentando reencontrarse con la vida que un día fue la suya y que a menudo es la única que reconocen.

“¿Para esto se utiliza el dinero de la reconstrucción?”, claman voces como la de Armando Fontanella. Ese dinero no sólo no se ha gestionado limpiamente, sino que incluso se ha vuelto contra las víctimas. “¿Ves por qué lucho?”, concluye Carolina Teza. “No puedo consentir estos abusos, ni que la gente piense, encima, que nos hemos hecho de oro. Pero no es fácil hablar. A día de hoy, todavía no se pueden decir ciertas cosas”. Rara vez salen publicadas en la prensa sus demandas. El ilustrativo libro Vajont, L'onda lunga, de la periodista Lucia Vastano, que relata los desmanes cometidos a lo largo de más de 40 años con el dinero de la reconstrucción, ha sufrido toda clase de bloqueos para su difusión. Y recientemente ha sido cerrado por orden judicial (mediante la extraña figura del “secuestro preventivo”) el sitio web www.vajont.org, el mayor archivo de información escrita y gráfica sobre la tragedia, donde se daba puntual información de lo que ha ido acaeciendo en el “dopo Vajont”.

Una bella historia, ¿no te parece?”, pregunta Carolina con una mirada firme, desafiante... pero, sobre todo, inmensamente triste.